

digna calma, que tan inquebrantable firmeza encubría.—*Que ella había de seguir lo que las leyes destos reinos disponían en gloria y acrecentamiento del ceptro real dellos. Con esta respuesta, dice Palencia, en que se indicaba que la Princesa quería contar para su casamiento con el parecer y consejo de los Grandes y de la nación, el Cardenal, mal contento se partió á Francia.*

La furia y la alarma del Marqués de Villena, y como consecuencia la del rey don Enrique fueron con esto tan grandes, que éste se apresuró á escribir á la villa de Madrigal, prohibiendo á todos los vecinos, bajo severas penas, prestar auxilio á la Señora Princesa si lo demandaba, oponerse con las armas en la mano si intentaba escaparse y retenerla allí por la fuerza en tanto que llegaba la gente de armas encargada de prenderla y encerrarla en la fortaleza de Madrid.

La consternación de aquella buena gente, que tan de veras amaba á la Princesa, produjo un verdadero tumulto que D.^a Isabel misma tuvo que sosegar, y cuando llegó á saberse que el Arzobispo de Sevilla, al frente de un verdadero ejército, marchaba

á grandes jornadas hacia Madrigal, comisionado de prender á la Princesa y conducirla á Madrid, armáronse todos, grandes y chicos, dispuestos á pelear y á morir antes que tolerar semejante violencia.

Entonces D.^a Isabel, para evitar la efusión de sangre y alejar de aquellos buenos vecinos la venganza de D. Enrique, envió con el mayor sigilo un aviso al Arzobispo de Toledo, que continuaba en Yepes, informándole de cuanto sucedía, y éste, de acuerdo con el almirante D. Fadrique y con la misma D.^a Isabel, penetró una noche con su gente en la villa, á deshora de la madrugada, y apoderóse de la Princesa y la llevó en triunfo á Valladolid, que era lugar seguro, pues que estaba á devoción del Almirante.

Al despedirse la Princesa de su madre, entre las prisas y zozobras de la fuga, escapáronsele algunas palabras contra el favorito Villena, que despertaron en la anciana Reina, sin duda, el recuerdo de aquel otro favorito D. Alvaro de Luna, su mortal enemigo, haciéndola exclamar violentamente:

—¡Favoritos!... ¡Malhaya!... ¡Malhaya!...

Y como la sorpresa y la pena de aquella

marcha repentina le provocaran una de las perturbaciones nerviosas que solían aquejarla, añadió en portugués, sacudiendo á la Princesa por un brazo:

—O Rainha!... O minha Rainhazinha!... Malhaja ó Rei que tem outro valido mais que seu proprio povo!... (1)

¡Profundo consejo de una Reina loca que echó hondas raíces y dió copioso fruto en el ánimo de otra Reina, la más cuerda que nuestros anales registran!...

Alojaron á la Princesa en Valladolid en las casas de Juan de Vibero, donde está hoy la Audiencia, y una vez puesta en salvo, trataron con ella misma el Arzobispo de Toledo, Mosén Pierres de Peralta y el almirante D. Fadrique lo que había de hacerse en circunstancias tan críticas y apremiantes.

Opinaban los tres magnates que el matrimonio se celebrase al momento, haciendo venir secretamente á Valladolid al

(1) ¡Reina, Reinita mfa!... ¡Malhaya el Rey que tiene estre favorito que su proprio pueblo!...

Príncipe D. Fernando, y aprovechando la estancia del Rey en Andalucía para precaver cualquier fracaso ó nuevo entorpecimiento.

Á esto objetó la religiosa Princesa, que estando ella en tercer grado de consanguinidad con el Príncipe de Aragón, de ninguna manera podía celebrarse el matrimonio sin la dispensa del Papa, y en tan breve plazo imposible era pedirla á Roma y alcanzarla.

Dió entonces el Arzobispo una gran voz de contento, levantando los brazos y riendo con aire de triunfo, y dijo que si no era más que ese el inconveniente, podía celebrarse el matrimonio aquella misma tarde, porque la dispensa de Roma estaba ya pedida y concedida, hacía más de cuatro años, gracias á la previsión del Rey don Juan II, padre del novio.

Explicó entonces cómo el viejo Rey de Aragón, cuyo sueño dorado fué siempre el enlace de su primogénito D. Fernando con la princesa D.^a Isabel, había pedido cinco años antes la dispensa necesaria al papa Pío II que á la sazón ocupaba la Cátedra de San Pedro, ocultando, por prudentes razones políticas, el nombre de la Princesa

y diciendo tan sólo que era una Princesa consanguínea en tercer grado, que contaba diez años y medio.

Á lo cual contestó el Papa concediendo la dicha dispensa, pero sin que fuese valedera hasta transcurridos cuatro años y fuesen los contrayentes hábiles para el estado del matrimonio; y como los cuatro años habían ya transcurrido, resultaba la dispensa perfectamente valedera y corriente, sin que le faltase más requisito que el de que refrendase su autenticidad el Prelado competente.

No sospechó ni por un momento la noble y leal Princesa ser todo aquello,—tan verosímil por otra parte en los usos y modo de ser de aquellos tiempos—un maquiavélico complot del Rey de Aragón y del Arzobispo para salvar la dificultad insuperable de pedir y alcanzar de Roma la dispensa necesaria en tan breve tiempo, y tranquila ya su conciencia sobre la sagrada palabra del Arzobispo Primado de España, otorgó gozosa su consentimiento para avisar al príncipe D. Fernando.

Difícil era, sin embargo, llevar á cabo la empresa con el recato y misterio que las circunstancias requerían, porque eran ya

hartos los sabedores del secreto, para que con fidelidad lo guardasen: sabíanlo todos los Grandes partidarios del matrimonio, comprometidos ya á autorizarlo con sus votos, que formaban lo que se llamó entonces *el partido aragonés*; y sabíanlo también por espías, indiscretos ó traidores, todos los otros Grandes contrarios, pocos pero poderosos, partidarios de Villena ó del rey D. Enrique, que se hallaban dispuestos á impedir á todo trance la entrada del príncipe D. Fernando en Castilla.

Propuso entonces un plan el Arzobispo que había él meditado profundamente y que por todos fué tenido por bueno. Consistía éste en mandar secretamente á Zaragoza, donde á la sazón se hallaba el príncipe D. Fernando, á Gutierre de Cárdenas, maestresala de la Princesa, que fué padre del primer Duque de Maqueda, y al cronista Alonso de Palencia, que era Capellán del Arzobispo, hombres ambos prudentes y decididos, y de la más absoluta confianza, así de la Princesa como del Arzobispo.

Habían éstos, al pasar por el Burgo de Osma, de avistarse con el obispo D. Pedro de Montoya, que era parcial de la Princesa

y grande amigo del Arzobispo, para el cual les daría éste una *carta de creencia* y un mensaje verbal, mandándole disponer ciento cincuenta lanzas para escoltar al Príncipe de Aragón, que unidas á otras ciento que llevaría Pedro de Olmos, á quinientas que había ofrecido D. Luis de la Cerda, conde de Medinaceli, y á las que pudiera traer consigo el mismo Príncipe, formarían una escolta suficiente para alejar todo peligro.

En cuanto á su misión para el príncipe D. Fernando, limitábase á ponderar la urgencia con que le era necesario emprender el viaje y la amorosa solicitud y cuidado con que la Princesa le aguardaba.

Aprobóse el plan, como ya dijimos, y aquella misma noche, muy á deshora, salieron secretamente de Valladolid Gutierre de Cárdenas y Alonso de Palencia. Iban muy alegres y confiados en el éxito de la empresa, solos los dos para mayor precaución, y llevando á las ancas de sus respectivas mulas su exiguo equipaje.

Mas al llegar á Guzmán, donde descansaron un rato, oyó por acaso Palencia en la posada ciertas pláticas de unos viajeros, mercaderes ricos al parecer, que le hicie-

ron concebir sospechas del Obispo de Osma, á quien él tenía, por otra parte, por hombre débil y mudable, incapaz de resistir de frente á una poderosa influencia ni de disgustar tampoco á la contraria, resultando de aquí un carácter poco de fiar y, como llamaríamos hoy, *pastelero*.

Guardóse, sin embargo, sus temores para no alarmar antes de tiempo á Cárdenas, y siguió su camino adelante; pero cuando llegaron al Burgo de Osma, suplicóle á éste le aguardase muy oculto en la posada mientras él iba á ver al Obispo y sondear sus intenciones. Y fortuna fué que así lo hiciese, porque á las primeras palabras comprendió el sagaz Palencia que el Obispo había desertado del bando aragonés para alistarse en el del Marqués de Villena y el rey D. Enrique.

Callóse, por lo tanto, su embajada el cauto Alonso de Palencia, y limitóse á pedir al Obispo, como amigo, un guía de confianza y un pasaporte de ida y vuelta para el alcaide de Gómara, que estaba en la frontera de Aragón y de Castilla; y para desvanecer toda sospecha sobre su viaje, díjole que iba á Zaragoza á recoger el original de la Bula de dispensa concedida por

el Papa para el matrimonio de los Príncipes, porque el Arzobispo de Toledo quería examinarla antes de que la refrendase el Obispo de Segovia.

Sorprendióse el de Osma al oír esto, porque creían él y sus nuevos amigos —y creían muy bien— que los tratos del matrimonio iban más adelantados que lo que de aquello resultaba; quiso, pues, sonsacar á Palencia, y sucedióle que, más ladino el elérigo que el Obispo, el sonsacado fué él, arrancándole el cronista noticias que le llenaron de consternación y de zozobra; supo entonces que el Conde de Medinaceli había desertado también del bando aragonés y pasádose al de Villena, y se hacía imposible, por lo tanto, esperar de él las quinientas lanzas que había prometido; supo también que los hermanos Mendoza, enemigos los más poderosos del concierto de Toros de Guisando, por creer que en él se lesionaban los derechos de la niña *Beltraneja*, cuya inocente persona custodiaban ellos á la sazón en Buitrago, guardaban la frontera de Aragón encastillados en las muchas fortalezas que poseían desde Almazán hasta Guadalajara, dispuestos á impedir á todo trance la entra-

da del príncipe D. Fernando en Castilla.

Disimuló Palencia su consternación hasta hallarse á solas en la posada con Cárdenas; dióle allí cuenta de todo lo sabido, y con razón juzgaron ambos malogrado por completo el plan del Arzobispo; porque si difícil era llevarlo á cabo con la ayuda del Obispo de Osma y del Conde de Medinaceli, hacíaase en absoluto imposible después de la deserción de éstos.

Mas ni por un momento pensaron los dos fieles servidores en abandonar la empresa; lejos de eso, resolvieron apresurar el viaje, y disfrazado esta vez Cárdenas de criado de Palencia para no infundir sospechas al guía, llegaron de un tirón á Gómara; detuviéronse allí el tiempo necesario para enviar un propio á la Princesa y al Arzobispo dándoles cuenta del estado de las cosas y pidiéndoles que enviasen con gran diligencia y recato trescientas lanzas al mando de un jefe de toda confianza, que á los diez días de la fecha estuviesen y le aguardasen en el Burgo.

Hecho esto, continuaron su viaje y llegaron á Zaragoza el 25 de Septiembre, abatido y desalentado Cárdenas y algo más animado y con ciertos vislumbres de espe-

ranza Palencia, por haber madurado en el camino el plan arriesgadísimo, único ya posible, que había de ponerse en práctica.

Alojáronse en el convento de San Francisco, y, avisado secretamente el príncipe D. Fernando, pasó allí á verlos con grande recato y urgencia. Avistáronse en una capilla muy oculta hasta de los mismos frailes y estuvieron presentes el arzobispo de Zaragoza, D. Juan de Aragón, hermano bastardo del mismo príncipe D. Fernando, y Mosén Pero Vaca, que, por su sagacidad y prudencia, todos estos tratos secretos manejaba y entendía.

Expusieron los castellanos su embajada, ponderando las nuevas dificultades descubiertas, y Alonso de Palencia concluyó diciendo, que el único medio de acudir á tiempo á la cita era recurrir á la astucia, y que el Príncipe se decidiera á correr el riesgo de pasar la frontera sin escolta y disfrazado. Á esto replicó el Real mancebo que presto estaba, y que pues tan alta Princesa se hallaba por él en grande apuro, ruin caballero sería si no corriera por ella los riesgos necesarios.

Todos aprobaron el calor del Príncipe, mas dividiéronse aquí las opiniones: el Ar-

zobispo y los castellanos querían que el Príncipe partiese en el acto, sin dilación alguna, y Mosén Pero Vaca opinaba que no debía salir del Reino sin conocimiento y licencia del Rey su padre, que se hallaba á la sazón en Urgel peleando contra franceses y castellanos juntos.

Llamóse D. Fernando, como buen hijo, á este parecer, y mientras llegaba la respuesta del Rey combinóse el nuevo plan que Alonso de Palencia proponía...

Hiciéronse correr por Zaragoza dos voces á un tiempo: una, que Mosén Pero Vaca marchaba de Embajador á Castilla llevando ricos presentes para el rey Enrique IV; otra, que el príncipe D. Fernando marchaba también á Urgel para ayudar á su padre en la guerra.

Debían ir en la comitiva del primero Alonso de Palencia y Gutierre de Cárdenas, y en los bagajes que simulaban los regalos para el Rey esconderíase el equipaje necesario del Príncipe. Éste saldría el mismo día por el lado opuesto solo con Mosén Ramón de Espés, que había sido su ayo y era entonces su mayordomo mayor, Gaspar de Espés, hermano de éste, y su copero Guillén Sánchez; mas al llegar á

cierta altura torcería el rumbo hacia Verdejo, que estaba ya en la raya de Aragón, y donde Gutierre de Cárdenas, que había de separarse de la Embajada en Calatayud, estaría esperándole para acompañarle al Burgo de Osma; aquí se reunirían todos con las trescientas lanzas pedidas al Arzobispo y á la Princesa, y quedaba con esto conjurado el peligro.

Llegó al fin la respuesta del Rey, condoлиéndose de que se expusiera á tamaños riesgos la persona de su hijo, pero autorizándole para hacer en todo lo que juzgase más conveniente; y en consecuencia de esto salió aquel mismo día de Zaragoza con grande aparato y ruido el fingido Embajador Mosén Pero Vaca con toda su comitiva y tomó el camino del Burgo de Osma por Ariza y Monteagudo. En Calatayud separóse de la comitiva Gutierre de Cárdenas y torció por el camino de Verdejo para esperar al Príncipe, que había de ir allí derecho desde Zaragoza.

Era Mosén Pero Vaca hombre muy docto y honrado, de muchos años y experien-

cia, pero regañón, apurativo y tímido en el momento del peligro, á lo cual contribuía no poco su enorme corpulencia, pues era necesario que cuatro hombres le izasen sobre su mula, y érale imposible apearse sin igual auxilio.

Caminaba, pues, el pobre viejo lleno de zozobra, regañando sin cesar é increpando á Alonso de Palencia que en tan arriesgada empresa le había metido, y á sí mismo y á los demás que tan ligeramente le habían aprobado; pero su sobresalto llegó al colmo cuando al cruzarse con un viajero, advirtiéndoles éste que anduviesen con cautela, porque había visto poco antes cien jinetes armados que sospechosamente tomaban por un camino de atajo hacia Berlanga.

Inmutóse atrozmente Vaca al oírlo, y encarándose con Alonso de Palencia, le dijo colérico:

—¿Lo veis, don cleriguillo?... ¿Veislo?...

Mas sin hacer ningún caso, Palencia preguntó vivamente al caminante si sabía por acaso cuya era aquella gente y quién la capitaneaba. Á esto replicó el viajero que había oído en una venta que era gente del Arzobispo de Toledo y el capitán un tal

Gómez ó García de Manrique, hermano del Conde de Paredes.

Comprendió al punto Palencia que aquellas debían ser las lanzas enviadas por el Arzobispo á petición suya y que presto las encontrarían en el Burgo de Osma, y con esto tranquilizó á Mosén Pero Vaca y le apagó la furia.

Mientras tanto esperaba Gutierre de Cárdenas al Príncipe en Verdejo; habíase instalado en una venta aislada por completo á mano izquierda del camino, no lejos de la hilera de mojones, con las armas de Aragón toscamente escupidas, que marcaban la frontera; sentado desde las doce en un poyo de la puerta, con la mula enjaezada á su lado, esperaba lleno de zozobra sin apartar la vista del camino de Zaragoza, solitario por aquel lado.

Á las tres comenzó el cielo á cubrirse de negros nubarrones que impelía un helado cierzo que del Moncayo soplabá. Angustióse Cárdenas pensando en la cruda noche que les aguardaba, y ya no sosegó un punto imaginando negros percañes que explicarían la tardanza del Príncipe.

Entonces vió venir á lo lejos un fraile franciscano que caminaba penosamente

con los pies descalzos, el zurrrón á la espalda y apoyado en su báculo. Pensó Cárdenas preguntarle si había visto en el camino alguna caravana; mas el fraile, cual si le reconociera desde lejos, acercóse decididamente, y con el ademán de quien pide una limosna, díjole con gran priesa y muy por lo bajo, que sólo diez minutos traía de delantera al Príncipe.

Asomóse en aquel momento la ventanera á la puerta para vaciar un dornajo de aguas sucias, y quiso trabar conversación con el fraile, invitándole á descansar en la venta; mas él, dando gracias con mucha humildad, alejóse prontamente hacia Verdejo, dejando á Gutierre de Cárdenas con la palabra en la boca.

Comprendió éste que aquel fraile era un explorador que ante sí mandaba el Príncipe, y pronto quedó plenamente convencido...

Avanzaba lentamente por el camino de Zaragoza una pequeña cabalgata con grande pausa y sosiego, que vino al fin á emparejar con el impaciente castellano. Venía delante, como guía, un hombrecillo flaco y nervioso en que Cárdenas reconoció al punto á Pedro de Auñón, correo del

Príncipe; seguíanle tres mercaderes, gente al parecer de muy poco pelo, montados en pacíficas mulas alquilonas; y en el más anciano de los tres no le fué difícil á Cárdenas reconocer á Mosén Ramón de Espés, y en los otros dos al hermano de éste, Gaspar, y al copero Guillén Sánchez. Cerraba la marcha otra mula cargada con bagajes, y sentados encima de ésta, á mujeriegas y con las piernas colgando hacia el mismo lado, dos mozos de espuela, no bien vestidos y gallardos, como solían ser los de los caballeros, sino zafios y harapientos, como eran los de las posadas.

Reconoció Cárdenas en las salientes quijadas del uno y en su fornido cuerpo á cierto andarín que llamaban en Zaragoza Juan *el Aragonés*, famoso porque andaba en un solo día más de tres jornadas; más difícil le fué adivinar bajo el sayo pardo y remendado del otro y la burda montera calada sin gracia hasta las orejas, al airoso y proporcionado cuerpo y á la inteligente y bella fisonomía del príncipe D. Fernando de Aragón.

No se detuvieron los de la caravana en Verdejo y desfilaron ante Gutierre de Cárdenas sin dar muestras de haberle conoci-

do; mas éste montó ligeramente en su mula y, dirigiéndose al más anciano de los mercaderes, Ramón de Espés, pidióle cortésmente permiso para caminar en su compañía, cosa común y corriente en aquel tiempo en que sólo el número de viajeros daba seguridad en los caminos. Diéronse á conocer entonces, y emocionados todos pasaron en silencio la frontera. Sólo Juan *el Aragonés*, que ignoraba quién fuese su compañero, daba tremendas risotadas, recordando un cuento picaresco que éste acababa de contarle.

El momento, sin embargo, era de los más solemnes que registra la Historia; porque entonces y de esta manera penetró por primera vez en Castilla el que había de unirla para siempre á Aragón, echando así los cimientos de la grande y gloriosa *Monarquía española*.

Diéronse tanta prisa los falsos mercaderes, que de un solo tirón llegaron de Zaragoza á una aldehuela que estaba entre Gómara y el Burgo de Osma; lo cual no impedía que en los pasos muy concurridos

ó de mayor peligro caminase con grande pausa y sosiego para no infundir sospechas.

Llegaron á la aldehuela entrada ya la noche y detuviéronse para cenar en la única posada que en ella había; llevó don Fernando las mulas á la cuadra y dióles pienso como si realmente fuese mozo de espuela, y vino luego á servir la cena á sus amos con tanta gracia y tan buena maña, que parecía no haber hecho otra cosa en su vida; conservaba, sin embargo, encasquetada la burda montera, porque temió que se escapasen de ella y le denunciasen sus largos y dorados cabellos, que no había querido cortarse.

Cenaban los fingidos mercaderes en una mesa adosada á la pared de la cocina, y al pie de ésta, sentados en el suelo junto al fogón, y en un dornajo vuelto del revés, hacía Juan *el Aragonés* en compañía del Príncipe, el cual, observa un cronista, sin que la humillación le alterara ni le desganasen las amorosas ansias, engullía tasajos como el puño, con el apetito natural de sus diez y ocho años.

Era la noche oscura como boca de lobo, y el helado cierzo que soplaba traía un frío

harto prematuro para la estación, pues corrían aún los primeros días de otoño, y era aquella noche la del 6 al 7 de Octubre. Temeroso, pues, Ramón de Espés de fatigar demasiado al Príncipe con aquella cruda noche que se preparaba, propúsole dormir allí y continuar la jornada al otro día por la mañana; con indignación casi rechazó D. Fernando la propuesta, ansioso de llegar al término, y en aquella misma noche emprendieron de nuevo el camino hacia el Burgo de Osma.

Habían andado ya más de dos leguas, agobiados de cansancio y ateridos por el frío, cuando Mosén Ramón de Espés detuvo de repente su mula y se llevó ambas manos á la cabeza, lanzando imprecaciones de rabia... Había olvidado en la posada la *barjuleta*, especie de mochila de cuero que las gentes modestas llevaban con correas á la espalda cuando iban de camino, y en ella llevaba todo el dinero y preciosos documentos, necesarios para la boda del Príncipe.

Desesperado Espés, quería que volviesen todos á la posada, mas Juan *el Andarín* vino á sacarles del apuro: ofrecióse él á traer la *barjuleta* antes de que adelantasen

ellos otras dos leguas de camino, y en su andar maravilloso de verdadero automóvil así lo cumplió en efecto.

Mientras tanto, llegaba aquel mismo día, al caer de la tarde, Mosén Pero Vaca con toda su comitiva á la fortaleza del Burgo de Osma, que estaba del lado de acá del Due-ro; encontraron cerradas las puertas y va-gando en torno, no en actitud hostil, sino de profundo desaliento, hasta un par de centenares de jinetes armados, que con in-quieta curiosidad examinó Alonso de Pa-lencia. Vínose entonces hacia él un gran caballero que parecía jefe de aquella gente y abrazósele estrechamente, pidiéndole nuevas del Príncipe.

Era aquel arrogante caballero el conde de Treviño, D. Pedro Manrique, que fué después primer Duque de Nájera, y al re-conocerle Alonso de Palencia no dudó un momento de que fuesen aquellas las tres-cientas lanzas que desde Gómara pidió al Arzobispo, y el Conde el hombre de con-fianza que había de mandarlas. Abrazóle, pues, con el mismo regocijo, y entonces se comunicaron sus impresiones y refiriéron-se sus mutuas andanzas.

Dijo Treviño que el Obispo de Osma es-

taba ausente y que su Teniente en el Bur-go, que era un Canónigo Racionero, había-se negado rotundamente á abrirles las puertas á él y á los suyos, y que por eso vagaban por allí hacía más de dos horas, sin saber donde guarecerse para esperar al Príncipe.

Entonces dió Mosén Pero Vaca un atina-do consejo: que el Conde mandase á su gente á alojarse en Osma, que era lugar abierto y muy capaz, é incorporándose él á la Embajada penetrase en el Burgo para esperar allí al Príncipe, pues imposible le parecía que el Teniente del Obispo osase cerrar las puertas á un Embajador del Rey de Aragón D. Juan II.

Hízose así, en efecto; los soldados vadea-ron fácilmente el río, que era allí muy ac-cesible, y alojáronse en Osma, en casas muy próximas, para estar prevenidos y pronto á cualquier alarma; no eran más que doscientas lanzas, porque las cien res-tantes esperaban á media legua de allí, en Berlanga, con Gómez Manrique al frente.

Hecho esto, acercóse Mosén Pero Vaca á la puerta, seguido de toda su comitiva, y en ella el Conde de Treviño, y con tres to-ques de clarín anunció su llegada y pidió

descanso y hospitalidad en nombre del rey de Aragón D. Juan II.

Acudió el Teniente del Obispo, y con mucho recelo y desconfianza, y después de dudas y consultas, mandó franquear las puertas. Acostáronse todos, porque Mosén Pero Vaca aseguraba que el Príncipe no llegaría hasta la mañana siguiente; mas Alonso de Palencia, que le esperaba de un momento á otro, inquieto y desvelado, salióse á pasear muy después de la media noche por la vera de las murallas, y ocurriósele, por inspiración divina, sin duda, avisar al centinela de la puerta, que habían relevado á las doce, que si llegaba algún rezagado de la Embajada, no le despachase, sino avisase al Embajador y al Teniente si era preciso.

Estaba la noche obscura y negra como la conciencia de Judas, y al acercarse Palencia al centinela oyóle regañar en lo alto del adarve y arrojar una piedra enorme fuera de la muralla; oyó el cronista el golpe de la piedra al caer, y aterrado, temiendo que fuera el Príncipe, gritó con toda su fuerza al centinela que no tirase otra; y sin duda conocieron su voz desde fuera, porque llamóle entonces por su nombre otra

voz alterada por la cólera y preguntóle si no abrirían la puerta; conoció Palencia la voz del Príncipe, que era muy delgada, y contestó á gritos que esperasen un poco, que si él no podía entrar ellos podrían salir.

Fuése entonces á despertar al Conde de Treviño, á Mosén Pero Vaca y al Racionero Teniente, y como receloso éste se negase á dar entrada á nadie mientras la luz del día no luciese, fueron todos á la puerta y la franquearon con muchas antorchas encendidas y grandes gritos de entusiasmo. Allí encontraron al Príncipe en su disfraz de mozo de espuela, pero con la burda montera en la mano y flotantes ya sus rubios cabellos; quiso el Conde de Treviño besarle la mano, pero D. Fernando lo impidió, abrazándole él y dándole paz en el rostro, y en aquella misma hora vadearon el río llenos de júbilo y se fueron todos á Osma.

Súpose entonces lo ocurrido al Príncipe en el resto del viaje...

Muy cerca de las dos de la madrugada llegaron los fingidos mercaderes al Burgo, rendidos de cansancio y ateridos de frío. Creían ellos que no les sería difícil la en-

trada, y el Príncipe, más animoso ó menos cansado, adelantóse á todos y llamó á la puerta. El centinela, hombre bestial y fiero, ya fuese que participara del recelo del Teniente, ya que le encolerizase que en tan cruda noche le molestaran, contestó sólo con groseras injurias, y sin más razones le arrojó desde lo alto de la muralla un enorme pedrusco, que le pasó rozando y por divina providencia no le dejó en el sitio. Entonces fué cuando, horrorizado Alonso Palencia, increpó al centinela y el Príncipe reconoció su voz, y ya hemos referido el resto.

Al llegar á Osma no quiso el Príncipe acostarse y dormir lo que quedaba de noche, sino que hasta el amanecer estuvo escribiendo á su padre. Á esta hora llegó de Berlanga, avisado por un propio, Gómez Manrique, con sus cien lanzas, y ya todos juntos, y dejando el Príncipe su disfraz, pusiéronse en camino hacia Gumiel, que era lugar del Conde de Castro. Estaba allí la condesa, D.^a Juana Manrique, que les recibió y agasajó con mucho cariño en su magnífico castillo moruno, cuyas ruinas, convertidas hoy en bodegas, aun subsisten. Descansaron allí todo el día 8, y al siguien-

te, acompañados de todos los suyos y de muchos nobles caballeros que habían acudido, prosiguieron triunfalmente su camino hasta Dueñas.

Gutierre de Cárdenas y Alonso de Palencia, sin embargo, salieron la noche antes para Valladolid, deseosos de dar tan feliz nueva á la Princesa y de ganar las albricias. El gozo de ésta fué extraordinario, y los caballeros de su reducida corte corrieron cañas y alcancías en señal de regocijo. En estas fiestas sucedió un percance, que no logró del todo aguar el contento. Troilos Carrillo, el hijo del Arzobispo, cayó del caballo y se hirió gravemente en la cabeza.

Á la media noche del 14 de Octubre llegaban á Valladolid, por sendas extraviadas, cinco jinetes encapuchados, que rodeando por las afueras detuviéronse ante un escondido postigo de la casa de Juan Vibero, abierto en la misma muralla; esperábanles, sin duda, los de dentro, porque no bien resonó en el camino el piafar de los caballos abrióse de par en par el postigo y aparecieron en dos hileras seis pajes

con hachas encendidas alumbrando á un viejo alto y enjuto, vestido con luengos capisayos episcopales, palio en los hombros y rico pectoral á los pechos, que no era otro sino el Arzobispo de Toledo, don Alonso Carrillo.

Adelantóse el Prelado hasta el umbral, y allí recibió en sus brazos á uno de los encapuchados, que le abrazó estrechamente, dejando ver, al entreabrir el capuz, la juvenil y gallarda persona del príncipe don Fernando de Aragón. Parecía, sin embargo, éste como abstraído y turbado, y no comprendiendo el viejo Arzobispo, desecado por la edad y la sed de mando, las juveniles emociones de un corazón de diez y ocho años que va á ver por vez primera y acude á la primera cita de la mujer que ha escogido por esposa y compañera, atribuyó lo turbado del mancebo al respeto que le imponía su propia persona, cosa que le agradó en extremo, por parecerle prenda segura del predominio sobre él, á que aspiraba.

Don Fernando vino, en efecto, esta primera vez á Valladolid llamado por la misma D.^a Isabel con el fin de conocerse mutuamente y ponerse de acuerdo para fijar

la fecha del matrimonio; y consta en el protocolo estipulado para esta visita que el Príncipe debía venir en secreto, para evitar prematuras alarmas, acompañado solamente de Mosén Ramón de Espés, de su hermano Gaspar y otros dos caballeros castellanos, uno de la casa de Manrique y otro de la de Rojas, que eran las dos familias que con mayor celo y lealtad habían abrazado la causa de D.^a Isabel. Consta también que para mayor decoro de la señora Princesa había de recibir la visita en presencia del Arzobispo de Toledo, el cual daría á conocer mutuamente á los Príncipes.

Así se cumplió religiosamente: D. Fernando, precedido de los seis pajes con hachas encendidas y dos gentileshombres de la cámara de la Princesa, y seguido de los cuatro caballeros castellanos y aragoneses, llegó de la mano del Arzobispo á presencia de D.^a Isabel.

Esperábale ésta en su *camarín*, que no se parecía, ciertamente, al *boudoir* de una dama de nuestros tiempos; era una pieza pequeña en comparación de los vastos salones de aquel palacio, pero capaz de albergar con holgura cincuenta ó sesenta perso-

nas sentadas. Del artesonado, que formaban gruesas vigas talladas de roble obscuro, colgaban antiguas tapicerías con pasajes de la Escritura, que llegaban hasta un alto zócalo de azulejos moriscos. En el fondo del camarín había un estrado muy capaz con dos gradas, y sobre él un sitial para la Princesa, gruesos almohadones para sus damas, una especie de mesita de costura abierta, bastante mayor, pero muy parecida á las de hoy, con bolsón de damasco; junto al sitial de la Princesa estaba la rueca en que hilaba, trabajo manual que le fué muy familiar y grato toda su vida, y muchas veces maduraba, al compás de su rueca, los más arduos negocios de Estado.

En el piso llano de la estancia había una gran mesa cubierta con un tapete de damasco rojo, ceñido con presillas de oro; dos sitaliales de lo mismo, varios taburetes y almohadones esparcidos por el suelo, un gran brasero de plata que era pebetero al mismo tiempo y otros ricos muebles de uso desconocido, entre los que se contaban dos de los llamados hoy *vargueños*, que servían entonces para guardar joyas y papeles.

Alumbraban la pieza cuatro altos antor-

cheros de bronce, colocados en los cuatro ángulos, con gruesos cirios de cera blanca y otros doce esparecidos por las paredes, en brazos también de bronce, los cuales, si no comunicaban al camarín la radiante luz de las bombillas eléctricas, dábanle, en cambio, la suave y solemne claridad de un templo.

Hallábase sentada la Princesa en un sitial de los de fuera del estrado, conversando distraídamente con Gutierre de Cárdenas, la Marquesa de Moya, sentada en un almohadón á sus pies, y en un taburete otra señora ya vieja, muy tiesa y encopeada, que era D.^a María, la mujer de Juan de Vibero, dueña de aquel palacio en que la Princesa se albergaba.

Procuraban aquellos fieles servidores distraer con su conversación en el ánimo de la Princesa, aquellas inquietas emociones propias de toda desposada, sea reina, sea pastora, que va á ver por vez primera al esposo sobre que se ha forjado tantas ilusiones...

¿Cómo será él?... ¿Qué le pareceré yo?...

La Princesa, sin dejar de sentir las, sin duda alguna, las disimulaba maravillosamente, sin dejar traslucir más que cierto

estado nervioso, imposible de ocultar. Tampoco había querido, como era natural, realzar su persona con ningún atavío extraordinario, y lo único que, por deferencia al Príncipe, lucía sobre uno de sus trajes ordinarios, era el magnífico collar de perlas y diamantes que éste le había regalado.

Entró en esto D.^a Mencía de la Torre muy precipitada y contenta pidiendo albricias porque ya había llegado el Príncipe; habíale ella visto aparecer ante el postigo desde una ventana en que por orden de su señora se hallaba apostada para dar aviso.

Levantáronse todos bruscamente, y la Princesa, muy pálida, adelantóse algunos pasos, seguida de sus servidores, en medio de un silencio casi angustioso... Abrióse al cabo la puerta y entraron todos en pelotón; Gutierre de Cárdenas, que estaba al lado de la Princesa, le dijo al oído, mostrándole al Príncipe con el dedo: *ese es, ese es*; de donde quedaron las SS en el escudo de los Cárdenas.

El Príncipe y la Princesa cambiaron entre sí una rápida mirada, y debieron quedar igualmente satisfechos; conocióse en el súbito rubor que tiñó sus frentes de púrpura

y en la juvenil y espontánea sonrisa que acudió á los labios de ambos al hacerse la primera y profunda cortesía.

Y en verdad que tenían razón de su mutua complacencia, porque formaban ambos la más gentil pareja. De la Princesa dice Gonzalo de Oviedo en sus *Quinquagenas*: «En hermosura, puestas delante de S. A. todas las mujeres que yo he visto, ninguna ni tan graciosa, ni tanto de ver como su persona, ni de tal manera é santidad honestísima.»

Y aunque rebajemos algo de esto, que al fin y al cabo no es sino una manifestación del gusto del buen Oviedo, que podría ser bueno ó ser malo, siempre queda este otro retrato que trae el extraño libro del *Carro de las donas*: «Esta cristianísima Reina era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en su proporción de miembros. Era muy blanca y rubia; los ojos entre verdes y azules, el mirar muy gracioso y honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa y alegre, de una alegría honesta y muy mesurada.»

En cuanto al príncipe D. Fernando, que contaba entonces diez y ocho años, uno menos que D.^a Isabel, «era blanca su color,

aunque ligeramente tostado el rostro por sus continuas excursiones á caballo; mirada viva y alegre, y ancha la frente y despejada; de gallarda y varonil presencia. Era de constitución robusta, vigorizada con las fatigas de la guerra y las jornadas de caballo á que era muy aficionado, llegando á ser uno de los mejores jinetes de su corte, y uno de los que más sobresalían y aventajaban en toda clase de marciales ejercicios. Su voz era un tanto aguda y hablaba con mucha discreción; pero en momentos dados, cuando algo le afectaba ó le convenía, era bastante afluente, y entonces cautivaba y atraía. Con su mucha templanza en el comer, conservaba su salud; con su discreción en el hablar, reservaba su pensamiento; y era tal su actividad, condición en él inherente, que holgaba en los negocios y descansaba en el trabajo.

Presentó el Arzobispo al Príncipe con el título de *Rey de Sicilia*, porque esta soberanía le había cedido su padre el Rey de Aragón, deseoso de realzar á su hijo á los ojos de los castellanos. Duró la visita cerca de dos horas, y en ella se ratificó la palabra de matrimonio ya dada ante un notario y tres testigos, que fueron Pero López

de Alcalá, capellán del Arzobispo; Gutierre de Cárdenas y Gonzalo Chacón, marido de aquella D.^a Clara de Alvernéz, que fué nodriza de la Princesa y después camarera mayor suya; fijóse también la fecha del 18 de Octubre para los esponsales solemnes, y la del 19 por la mañana para el matrimonio religioso.

Cambiáronse después entre los novios varios sencillos regalos, como era ya costumbre entonces, y por la madrugada regresó D. Fernando á Dueñas, con el mismo secreto y cautela con que había venido.

Dos días antes de esta visita, la Princesa, que en todo lo que no se oponía al bien del Reino, ni significaba contemporización con las extravagancias y caprichos del Rey su hermano, procuró siempre darle muestras del mayor respeto y deferencia, dióle una prueba más escribiéndole una larga carta, que inserta íntegra el cronista Enríquez del Castillo, en que le suplicaba aprobase el matrimonio que iba á contraer con el Príncipe de Aragón y Rey de Sicilia, con aprobación de la mayoría de los Grandes y Prelados de Castilla, y en uso de su perfecto derecho y de las leyes del Reino.

Esta carta, modelo de discreción y deli-

cadeza, concluía saliendo ella por fiadora de los sentimientos de respeto y sumisión de su futuro esposo, y protestando su voluntad y propósito de obedecerle siempre como á hermano mayor, señor y padre.

No quiso la Princesa rodear por más tiempo su matrimonio de los misterios y secretos con que se oculta un crimen ó se esconde una vergüenza, y el 18 de Octubre, á las tres de la tarde, hizo su entrada públicamente en Valladolid el príncipe D. Fernando, acompañado de los caballeros aragoneses y de muchos castellanos, y con una escolta de 30 lanzas.

Salieron á recibirle con mucho aparato de trajes y comitivas su abuelo el almirante D. Fadrique, el Arzobispo de Toledo y muchos Grandes que en Valladolid se hallaban y otros que exprofeso vinieron. El pueblo, por su parte, acudió también con grande alboroto y regocijo, porque amaba á la Princesa, y porque, como ya se ha dicho, veía con su admirable instinto en aquel matrimonio el despertar de un hermoso día de paz y de dicha para el Reino.

Apeóse el Príncipe, lo primero, en casa de su abuelo, donde fué regiamente agasajado, y trasladóse al anochecer, seguido de

todos, á casa de Juan de Vibero, donde se hospedaba la Princesa.

Reunidos todos aquellos Príncipes y magnates, así eclesiásticos como seculares, en el inmenso salón de honor del Palacio, publicáronse y ratificáronse solemnemente en su presencia los esponsales, y á continuación leyó el Arzobispo de Toledo, sin que le temblase la voz ni se le inmutase el rostro, aquella Bula de Pío II, ya difunto, dispensando el parentesco de consanguinidad entre ambos Príncipes, fruto exclusivo de la política verdaderamente maquiavélica que el Rey de Aragón, D. Juan II, de acuerdo con el Arzobispo de Toledo, siguieron en este asunto, de que nos ocuparemos más adelante.

Leyéronse después las capitulaciones matrimoniales, firmadas por D. Fernando en Cervera, y ratificadas por el Rey, su padre, obra maestra de la sagacidad de ambos, en que no queda cabo por atar ni resorte por mover para conquistarse y atraerse las simpatías de los castellanos; en estas capitulaciones había un artículo conmovedor, dedicado á la pobre Reina loca, encerrada en Madrigal, y olvidada de todos, menos de su hija. Concluído esto, retiróse